



Policlínico UNIVERSITARIO Turcios Lima

SUM PINAR DEL RÍO

Los médicos de la Guerra: silenciosos artífices de la Revolución

Medical doctors of the War: silent architects of the Revolution

Ana Marnie Ramírez Rodríguez¹, Reinier Ruiz González², Gerónimo Ovalle Miranda³, Martha E. Barrera Breijo⁴.

¹Estudiante de segundo año de Medicina. Policlínico Turcios Lima. SUM Pinar del Río.

²Estudiante de segundo año de Medicina. Policlínico Turcios Lima. SUM Pinar del Río.

³Estudiante de segundo año de Medicina. Policlínico Turcios Lima. SUM Pinar del Río.

⁴Tutora. Profesora Auxiliar. Licenciada en Educación. Especialidad Marxismo Leninismo e Historia. Metodóloga del Departamento de Historia de Cuba. Universidad de Ciencias Médicas, Pinar del Río.

RESUMEN

El presente trabajo introduce el tema en cuestión a partir del análisis de doce diferentes modalidades documentarias sobre la vida y labor revolucionaria que rindieron en las luchas por nuestra independencia contra el gobierno colonial español los médicos, y en menor medida, otros eslabones del sistema de salud. El contexto de la formación médica sirvió de base para honrar sus nombres, que quedaron grabados junto a los de las más excelsas figuras de la historia, a las que con su práctica salvaron la vida en sobradas ocasiones; corroborando la necesidad de ejemplificar la presencia de los profesionales de la salud en las luchas por la independencia de Cuba. Para el desarrollo de estos propósitos se ofrecieron ejemplos y se fundamentó teóricamente el papel jugado por los médicos como profesionales, combatientes e incluso activos políticos, demostrando su validez como artífices de la Revolución.

Palabras clave: Médicos, Guerra, Colonialismo.

ABSTRACT

The present paper introduces the topic starting from the analysis of the twelve different documentary modalities about life and revolutionary work of the medical doctors that fought in Cuban Independence War against the Spanish colonial government, and to a lesser extent, other links with the health system. The context of the current medical training served of a base to honor their names which were engraved together with the loftiest figures of the history, that were saved in several occasions because of their medical practice; corroborating the need of exemplifying the presence of the health professionals in the fights for the Cuban independence. Examples to the development of this paper and a theoretical support about the roll played by medical doctors as professionals, combatants and even as active politicians were given; representing their validity as architects of the Revolutions.

Key words: PHYSICIANS, WAR, COLONIALISM.

INTRODUCCIÓN

"Los médicos son los más apropiados y por lo tanto, serán los mejores delegados. Sus pasos en ninguna parte llaman la atención, siempre son bien recibidos. Todos les deben algo: unos la vida, otros dinero. El médico es quien mejor conoce los secretos de todos: por eso, ésta será la revolución de los médicos."

José Martí

Al sobrevenir la Guerra de los 10 Años se produjo la dispersión de la familia médica cubana. Muchos de sus miembros buscaron en otros países la seguridad para sus vidas, otros se vistieron de héroes y marcharon a la manigua en busca de la independencia, lo cual provocó un eclipse parcial del desarrollo de la medicina en la isla.

La mayor de las Antillas se ha caracterizado siempre por ser una fecunda matriz de héroes y un inmenso yunque donde se han forjado muchas conciencias, fundidas en el crisol de la abnegación. Al evocarse el pasado y desfilar por el lienzo del recuerdo la historia de la patria con su pléyade luminosa, no dejan de venir a la mente las figuras de Carlos Manuel de Céspedes, José Martí, Antonio Maceo, Máximo Gómez y de Ignacio Agramonte, entre otros protagonistas destacados de una larga lucha por la independencia, que rompió sus hostilidades el 10 de octubre de 1868.

A los nombres de estos héroes y a los de los demás patriotas que respondieron con energía y plenitud de presencia a la clarinada vigorosa de la madrugada de ese día, hay que unir los de Antonio Luaces Iraola, Sebastián Amabile Correa, Eduardo Agramonte Piña, Antonio Lorda Ortigosa y Diego Tamayo Figueredo, entre otros médicos cubanos que marcharon a la manigua.

Médicos como los antes mencionados renunciaron a la vida acomodada y siguieron a sus compatriotas alzados en "Demajagua"; cuando la mayor parte de los hombres de ciencia habían emigrado, estaban prisioneros o eran atentamente vigilados como conspiradores o separatistas.

De sobra conocida es la importancia de la labor rendida por los médicos revolucionarios cubanos en las guerras por nuestra independencia contra el gobierno colonial español, no sólo en su práctica profesional, indispensable en la guerra, sino también como combatientes y activos políticos. Nadie como nuestro genial José Martí advirtió el papel estratégico que podían jugar los médicos como conspiradores por su función dentro de la sociedad, de ahí sus proféticas palabras al médico de Jagüey Grande, doctor Martín Marrero Rodríguez, después coronel mambí, recogidas por Gonzalo de Quesada Miranda en su libro Anecdótico Martiano: "Los médicos son los mas apropiados y por lo tanto, serán los mejores

delegados. Sus pasos en ninguna parte llaman la atención, siempre son bien recibidos. Todos le deben algo: unos la vida, otros dinero. El médico es quien mejor conoce los secretos de todos: por eso, ésta será la revolución de los médicos." ¹

OBJETIVO:

1. Ejemplificar la presencia de los profesionales de la salud en las luchas por la independencia de Cuba.

DESARROLLO

El Proceso Revolucionario Cubano tuvo su inicio el 10 de Octubre de 1868 con el alzamiento en Demajagua, luego sobrevino la toma de Bayamo, a la cual sucedió el alzamiento de Camagüey, iniciado el 4 de noviembre de 1868. En aquellos mismos días tenían lugar en La Habana los atropellos por parte de los voluntarios españoles, entre los que merecen ser recordados el asalto al teatro de Villanueva y el ataque a la muchedumbre indefensa, llevados a cabo el 22 de enero de 1869, así como el ataque al café del Louvre y el saqueo a la casa de Aldana los días siguientes. A raíz de estos escandalosos hechos, el General Dulce requirió duro a los voluntarios, pero luego cedió a sus exigencias e inició un período de intransigencias y persecuciones, al punto de llegar a desterrar a 250 cubanos a la isla de Fernando Poo, acontecimiento ocurrido el 21 de mayo de 1869, que sirvió para acrecentar el odio de los cubanos hacia los españoles. Entre los deportados figuraban 10 médicos, dentistas y farmacéuticos, que fueron trasladados a su lugar de destino a bordo del buque San Francisco de Borja. Ellos fueron²:

1. Martín Agüero, dentista de Puerto Príncipe de 30 años de edad.
2. Manuel Álvarez, farmacéutico de Cabañas de 40 años.
3. Manuel Bravo Santis, médico de Cárdenas de 35 años.
4. Carlos Cónor, farmacéutico de Guatemala de 30 años.
5. Rafael Forts, dentista de Guanabacoa de 25 años.
6. Patrocinio Freires, médico de Cárdenas de 40 años.
7. Silvestre Pérez, farmacéutico de Calabazar de 30 años que falleció en la travesía.
8. Joaquín del Río, farmacéutico de Remedios de 38 años.
9. Dionisio Sáez, médico de Cárdenas de 30 años.
10. Ángel Sandoval, médico de Corralito de 44 años.²

Estos y muchos otros médicos cubanos sufrieron los desmanes de un penoso exilio, lejos de la realidad de su Patria y del clamor de la batalla.

Relatar los innumerables combates y operaciones realizadas a lo largo de la Guerra de los Diez Años, así como relacionar los nombres de la infinidad de héroes que en ella participaron, no es el propósito de este trabajo por razones de espacio. No obstante, a la lista anterior de profesionales de la salud deportados por sus principios revolucionarios, se agrega otra con los nombres de los estudiantes y entonces recién graduados como médicos, dentistas y farmacéuticos de la Universidad de La Habana caídos en combate. Ellos fueron³:

1. Alfredo Álvarez Carballo, estudiante de Medicina caído en 1875.
2. Enrique de Jesús Álvarez Martínez, estudiante de Medicina caído en 1871.
3. Sebastián Amabile Correa, licenciado en Medicina caído en 1869.
4. Rafael Argilagos Guinferrer, doctor en Medicina caído en 1869.
5. Filipo Carlos de Ayala, doctor en Medicina caído en 1869.
6. Pedro Betancourt Viamonte, cirujano dentista caído en 1870.
7. Honorato del Castillo Cancio, bachiller en Medicina caído en 1869.
8. José María de Castro Meneses, bachiller en Medicina caído en 1869.
9. Ramón José Cortés Artilles, flebotomiano (sangrador) caído en 1870.
10. José Genaro Díaz Valdivia, bachiller en Medicina caído en 1875.
11. Luis Magín Díaz y Zayas Bazán, dentista caído en 1870.
12. Francisco Figueroa Velis, doctor en Farmacia caído en 1870.
13. José Manuel González Guerra, farmacéutico caído en 1870.
14. Francisco María Jiménez Rojas, estudiante de Medicina caído en 1869.
15. Antonio Lorda Ortigosa, licenciado en Medicina caído en 1871.
16. Agustín Morales Martín, estudiante de Medicina caído en 1875.
17. Esteban Poncet Álvarez, estudiante de Medicina caído en 1877.
18. Isidro Portillo Junco, estudiante de Medicina caído en 1870.
19. Alejandro del Río Rodríguez, licenciado en Farmacia caído en 1872.
20. Domingo Sterling Varona, estudiante de Medicina caído en 1871.
21. José Antonio Toymil Zapela, estudiante de Medicina caído en 1871.
22. Antonio María Urbano Pedroso, estudiante de Medicina caído en 1875.(3)

Garantizar la inmortalidad de sus nombres y el recuerdo de sus vidas es tarea de todos.

Más de 300 profesionales, técnicos, practicantes, estudiantes y empíricos prestaron su curso en esta etapa y en su nombre significaremos los siguientes³:

1. Gral. Brig. Félix Figueredo Díaz.
2. Gral. Brig. Honorato del Castillo.
3. Gral. Brig. Ángel del Castillo Agramonte.
4. Gral. Brig. Alejandro del Río.
5. Gral. Brig. Carlos Aguirre Valdés.
6. Gral. Brig. Antonio Lorda.
7. Gral. Brig. Guillermo Lorda.
8. Cor. Antonio Luaces.
9. Cor. Emilio Luaces.

10. Cor. Eduardo Agramonte.
11. Cor. José Boza.
12. Cor. José Figueroa.
13. Cor. Pedro Maceo Chamorro.
14. Cor. Pedro Maceo Infante.
15. Cor. Rafael Argilagos.
16. Cor. Luis Díaz Zayas.
17. Cor. Miguel Bravo.
18. Tte. Cor. Enrique Agramonte.
19. Cte. Jose A. Malberty.
20. Cte. Domingo Sterling.
21. Cte. Federico Inchausty.
22. Enf. Concha Agramante.
23. Enf. Cirila López.
24. Enf. Lila Warring.

El 19 de octubre es tomada la ciudad de San Salvador de Bayamo y se constituye el Gobierno de la República en Armas, que emite los primeros decretos revolucionarios que van conformando las primeras estructuras del Ejército Libertador. Un antiguo conspirador, el Licenciado en Farmacia Pedro León Maceo Chamorro asume la organización de la atención a los heridos y enfermos. Aún no queda constituida la Sanidad Militar como cuerpo auxiliar del ejército, más tarde, tras su constitución el 9 de julio de 1869, esta figura ocupará el cargo de Segundo al mando del Estado de Oriente .⁴

Mientras estos acontecimientos ocurrían ya se había derramado sangre de un médico en los campos de batalla. El primer mártir de la Medicina cubana fue el Dr. Sebastián Amabile y Correa, de quien Martí dijera: "Llame usted vil al que no lllore por Sebastián Amabile". Este patriota nace en Santiago de Cuba el 12 de diciembre de 1845, donde realiza sus estudios primarios y secundarios. Luego se traslada a Estados Unidos y estudia Medicina en New York. Siendo estudiante participa en la guerra de secesión con las tropas de Lincoln. Regresa a La Habana en enero de 1868 y se relaciona con patriotas independentistas. Regresa a Estados Unidos y allí se incorpora a la primera expedición del buque "Perit" al mando de Francisco Javier Cisneros y Thomas Jordán. En dura refriega por salvar la expedición del famoso confederado Thomas Jordán, recibe un balazo que le vacía una órbita; con el ojo colgando sobre el rostro, continúa impávido en la lucha, y como le molestara, azotándole la cara, se lo arranca de un tirón y lo arroja al camino, ante el asombro, el dolor y la consternación de sus amigos. Permaneció varios días grave al cuidado del Dr. Luaces, hasta que fallece el 29 de mayo de 1869 en Bijaru.⁵

El primer médico mambí fue el General de División Dr. Félix Figueredo y Días. **(Anexo1)** Esta insigne figura nace en Bayamo en 1829. Estudia Medicina en España en las Universidades de Barcelona, Madrid y Cádiz. ⁵

Se establece en Jiguaní donde conspira antes del 68. El 12 de octubre se lanza a la manigua con Donato Mármol. Durante los 10 años fue jefe, médico y soldado. Su actuación como médico y soldado fue intensísima durante toda la epopeya, hasta alcanzar el grado de general de brigada y participar de manera destacada y polémica en los más arduos momentos políticos de la misma. Fue Jefe de Sanidad

del Departamento Oriental y Subsecretario de Guerra. Estuvo junto a Mármol, Gómez, Jordán, García y sobre todo junto a Antonio Maceo.⁵

De Antonio Maceo fue médico, consejero y amigo entrañable. Es de gran importancia histórico médica su informe al generalísimo Máximo Gómez sobre las ocho heridas de bala recibidas por el Titán en el potrero de Mejía.

El 17 de 1869, Félix Figueredo dirige un combate en el ingenio "El Sitio", donde Antonio Maceo se distingue por su bravura.⁵

Félix Figueredo en carta a un cubano que se había unido a los enemigos le escribía: "Por aquí y en todas partes estamos comiendo como criollos y dispuestos a tirar pocos tiros pero los que dejemos de tirar serán duplicados por el garantizado..."⁵

Figueredo ponía como una característica común de los cubanos el gusto por el comer bien y el valor de combatir con el machete al que él llama garantizado. La palabra procedía del anuncio de un fabricante de machete.

No resulta extraño que en su larga vida de combatiente revolucionario, en que recibió más de 25 heridas de bala y una de sable, sostuviera el Lugarteniente General Antonio Maceo Grajales estrechos vínculos, en algunos casos de profunda compenetración y cariño, con numerosos profesionales de la medicina cubana.⁶

Durante la Guerra de los Diez Años, historiadores y biógrafos de Maceo de la importancia de Fernando Figueredo Socarrás y José Luciano Franco Ferrán, han relacionado el cuidado facultativo del Titán con "los doctores Félix Figueredo, Briosó y Rosas [o Rozas]. "De los dos últimos no se ha podido comprobar que fueran graduados en Medicina, pero sí parece cierta su condición de sanitarios eficientes. José Martí al describir el estado de ánimo de las mujeres de la familia ante la gravedad de las heridas recibidas por el Lugarteniente en el combate del potrero de Mejía el 7 de agosto de 1879 pone en boca de doña Mariana Grajales la frase: "¡Fuera, fuera faldas de aquí! ¡No aguanto lágrimas! Traigan a Briosó." Tampoco se ha podido conocer el nombre y el segundo apellido, pero sí el afecto que por ellos sintió Maceo. De la lealtad de los sanitarios a la causa de la independencia patria dice mucho la presencia de ambos en la Protesta de Baraguá junto a su inmortal jefe.⁶

Desconocedor de lo que sucedía en Camagüey y Las Villas Maceo, va en busca de su médico y amigo fraternal, el doctor Félix Figueredo, para comentar los rumores que circulaban de conferencias y tratos con los españoles, en los que no creía. El doctor Figueredo le dio un amplio informe de las noticias que había recibido, y

como a una pregunta directa sobre la posición y actuación del Generalísimo Máximo Gómez, contestara que "no podía responder más quede sí mismo", Maceo, al oír todo lo que se había dicho de los jefes de la Revolución que aceptaron el convenio con los españoles, se alejó visiblemente disgustado, sin despedirse del amigo.⁵

Félix Figueredo y Días en la Protesta de Baraguá participó activamente en las conversaciones con Martínez Campos y poco después salvó la vida de su jefe y amigo, al obtener del Gobierno de la República en Armas, que lo comisionara para ir a Jamaica en busca de refuerzos y seguir la guerra contra España.⁵

En New York, donde se encontraba como emigrado revolucionario, el doctor Federico Gálvez Alfonso, una de las figuras más importantes de la cirugía cubana de la época, al conocer la Protesta de Baraguá, integró el comité designado en la convención popular celebrada el 3 de marzo de 1878 para unificar la emigración, apoyar a los protestantes y su voz fue de las que más exaltó la posición adoptada por el general Maceo.⁶

Una vez el lugarteniente en Jamaica recibe una carta del doctor Juan Guiteras Gener, patólogo, clínico y sanitarista cubano de prestigio internacional, donde a nombre de los emigrados de Filadelfia le ofrece los fondos que tienen recaudados y lo invita a visitar esa ciudad para levantar los ánimos.⁶

En la propia isla de Jamaica entre los hombres que los secundan en su intento de llevar nuevamente la guerra libertadora a Cuba se encuentran los doctores José Ramón Álvarez Chacón, médico santiaguero, ferviente patriota y Eusebio Hernández Pérez, la más alta personalidad de la obstetricia cubana de todos los tiempos. (**Anexo 2**) El doctor Hernández Pérez llegó a sentir una gran devoción por el héroe mambí y fue no sólo su más íntimo consejero en decisiones estratégicas del movimiento revolucionario independentista entre los años 1880 a 1887, sino también la persona mas allegada a quien confiar asuntos familiares muy delicados.⁷

El doctor Hernández será el médico de toda la familia Maceo y quien realizará el parto de su único descendiente directo, el después ingeniero, Antonio Maceo Marryat. Juntos continuaron el general y el galeno sus trabajos revolucionarios en Honduras y tanto en Kingston como en Tegucigalpa, compartieron por muchos meses la misma habitación. De esta profunda amistad de tanta importancia en la historia de Cuba, quedaron como documentos históricos las 35 cartas conocidas que se cruzaron entre ellos y la conferencia del doctor Hernández, *El período revolucionario de 1879 a 1895*, publicada en la Revista de la Facultad de Letras y Ciencias en julio de 1914, e incluida en su libro *Dos conferencias Históricas*, La Habana, 1935.⁷

En la guerra independentista de 1895-1898, Eusebio Hernández alcanzó el grado de general de brigada y fue miembro de la Asamblea Constituyente de La Yaya, del Consejo de Gobierno de la República en Armas y de la Asamblea de Representantes del Ejército Libertador. En la paz fue candidato a la vicepresidencia de la República junto al mayor general Bartolomé Masó Márquez, profesor eminente de la Universidad de La Habana, académico de número de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana y académico fundador de la Academia de la Historia de Cuba, se unió a los estudiantes en la revolución universitaria de 1923, por cuyo gesto Julio Antonio Mella lo llamó Maestro y la postrer manifestación pública de su larga vida de combatiente la constituyó su presencia en el acto celebrado en el local de la Liga Antimperialista con motivo del traslado a La Habana de las cenizas del gran líder estudiantil.⁷

En la última de nuestras guerras independentistas contra España el general Maceo fue atendido de grave afección cuando se encontraba en la jurisdicción de Holguín por el doctor Guillermo Fernández Mascaró, médico puertorriqueño, coronel de la Sanidad Militar.⁶

José Figueroa Véliz (1842-1877), quien operó al Generalísimo Máximo Gómez cuando fue herido en el cuello al atravesar la trocha de Júcaro a Morón y José María Párraga Fernández (1847-1892), quién fue herido en el combate de Najasa, mientras operaba a un mambí y de quién dijo José Martí: "El médico en los años de la guerra vio de cerca la muerte sin temblar."¹

En las primeras etapas de la gloriosa invasión a Occidente uno de los oficiales más destacados junto a los generales Gómez y Maceo lo será el estudiante de tercer año de medicina José Luis Robau López, quien mas tarde ocupó el cargo de jefe de la Brigada de Sagua con el grado de general de brigada. Otro destacado lo fue el doctor Nicolás Alberdí Golzarri, coronel de Sanidad Militar, que no sólo actuaba como hábil cirujano de campaña sino también como soldado en las tropas del general de brigada Juan Bruno Zayas Alfonso, de las más apreciadas por el general Maceo.⁶

El doctor Juan Bruno Zayas será siempre citado como el más vivo ejemplo de cómo un médico apacible y bondadoso puede convertirse rápidamente en un temible guerrero. Los que lo conocieron en su época de estudiante o cuando ejercía la profesión en Cifuentes y Vega Alta, quedaron sorprendidos de que aquel joven melancólico, de expresión y actitudes casi monacales, de costumbres extraordinariamente sencillas, que no se alteraba jamás en las discusiones, fuera el autor de hazañas que se repetían de boca en boca, llegando a constituir el terror de las tropas españolas.⁶

El general Zayas, médico distinguido, sobrino de dos de los fundadores de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, fue uno de los jefes mas estimados por Maceo en la campaña invasora y con el llegó hasta su final, para ser de los dos galenos firmantes de la histórica acta de terminación de la

epopeya en el Ayuntamiento de Mantua el 23 de enero de 1896. El otro facultativo lo fue el doctor Simeón Carbonell Miranda, médico del municipio. Apenas seis meses mas tarde moría el general Zayas en combate cuerpo a cuerpo contra el enemigo en la finca La Jaima, Quivicán, como uno de los soldados más temerarios de la patria.⁶

En la campaña de Occidente se incorporan a la columna invasora dos facultativos de gran prestigio los doctores Francisco Díaz Vivó, que se cubrió de gloria en el combate de Ceja del Negro en la curación de heridos en las más difíciles condiciones, ayudado solamente por la insigne patriota, capitana Adela Azcuy Labrador y Modesto Gómez Rubio, hijo de la capitana Isabel Rubio Díaz, mártir de la enfermería mambisa, que figuró entre los ayudantes del general Maceo y terminó la guerra con el grado de coronel.⁶

Una mujer cuyo comportamiento en pleno combate de Río de Auras hizo gritar al General Maceo, "¡Viva la Reina de Cuba!", la patriota y enfermera mambisa, capitana Luz Noriega, estaba casada con el teniente coronel doctor Francisco Hernández y Hernández-Ramos, médico agregado al Estado Mayor del Titán, que fue posteriormente macheteado por el enemigo en el hospital de campaña Las Llanadas, donde se encontraba gravemente enfermo de paludismo y disentería, bajo el cuidado de su esposa.⁶

El médico personal de Maceo durante casi toda la campaña invasora lo fue el doctor Hugo Roberts Fernández, ilustre sanitarista cubano, general de brigada del Ejército Libertador. En el combate de Mal Tiempo el general Maceo lo ascendió a coronel y llegada a Mantua la columna invasora quedó como jefe de sanidad del Departamento Occidental. Herido gravemente en la acción del ingenio San Gabriel de Lombillo el 13 de junio de 1896 tuvo que separarse del Lugarteniente, de quien se despidió al cruzar éste la trocha de Mariel a Majana. En la paz como jefe de Sanidad Marítima durante más de cuatro décadas demostró ser de los más sabios y probos funcionarios del sistema de salud estatal de Cuba.⁶

Para sustituir al doctor Hugo Roberts como médico personal de Maceo fue nombrado el 15 de junio de 1896 el doctor Máximo de Zertucha y Ojeda. El teniente coronel Zertucha asistió al general Maceo de la herida recibida en la acción de Tapia, ocho días después de ser nombrado su médico y tuvo el triste privilegio de estar a su lado en el combate de San Pedro y certificar su muerte. Con breves palabras escribió para la historia: "Certifico: como ha fallecido el día siete del corriente el Lugarteniente General Antonio Maceo Grajales a consecuencia de hemorragia interna provocada por una herida de arma de fuego en la región del cuello. Así mismo certifico que el cadáver de dicho superior jefe presentaba otra herida de la misma clase, situada en la región del hipocondrio derecho. Y a petición del Sr. Jefe de Estado Mayor D. José Miró Argenter expido la presente en S. Pedro (Prov. Habana) a siete de Dbre. de 1896."⁶

Y esa grandeza como figura histórica, ningún testigo de su tiempo la transmitió a la posteridad con la nitidez de uno de sus mas leales colaboradores en la última de nuestras guerras independentistas contra España, el ex-estudiante del segundo año de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, general de división José Miró Argenter en su imprescindible libro *Cuba. Crónicas de la guerra*, La Habana, 1909.⁶

Durante la Guerra de Independencia, de 1868 a 1878, muchos cirujanos se incorporaron a esa lucha. Mencionaremos, entre ellos, a Antonio L. Luaces e Iraola (1842-1875), (**Anexo 3**)⁸

En el conjunto de hombres de valor extraordinario que figuraron en el Cuerpo de Sanidad Militar, durante la guerra grande se destaca, vigorosa y deslumbrante, la figura del doctor Antonio Luaces, joven de rostro atrayente, elegante porte, hablar ameno y persuasivo, exquisitamente educado y de sólida cultura médica, adquirida en la Escuela de Medicina de París, que se hizo pronto acreedor al aprecio general. Con un concepto inflexible sobre los deberes que imponen el honor y el patriotismo, dotado de una atracción irresistible que sólo se encuentra en los apóstoles de las grandes causas se hizo, con Ignacio Agramonte, el ídolo de las legiones insurrectas. En su hoja de servicios escribió el Mayor: "valor a toda prueba". Y Manuel Sanguily me dijo de él que reunía todas las cualidades para ser un buen presidente. Fue su actuación intensa, noble y generosa, y para completar la ejemplaridad de, su vida, orló el destino su frente con el nimbo de luz del martirio.⁸

Luaces operó al Mayor General Ignacio Agramonte cuando fue herido en el combate del Salado, y dio su vida por la Patria al ser fusilado en Camagüey después de ser hecho prisionero por los españoles.⁸

Los médicos Ramón Barrios y José Morado Rojas y los dentistas Luis Magín Díaz y Pedro Betancourt Viamontes, hechos prisioneros en la guerra del 68, fueron inmediatamente fusilados; el doctor H. Fourniquet, cirujano de Narciso López, cayó también ante el cuadro español, cuando la matanza del Castillo de Atarés.⁹

El doctor Luis Delgado y Núñez, Delegado de Hacienda en la provincia de La Habana, que tenía a su cargo la recaudación del dinero con que se compraban las armas para la pelea y las medicinas para los heridos, fue vilmente asesinado por su propio asistente para robarle el producto de lo que acababa de recaudar, y el miserable asesino, para completar su obra de traición, se pasó en seguida al enemigo alistándose como guerrillero en San Nicolás.¹⁰

Rindió la Sanidad Militar una dura contribución a la crueldad del enemigo. El comandante de Sanidad, Herminio Ceulino Madrazo, refugiado con un grupo de heridos en los montes de La Ayúa, sufrió las torturas del hambre, sin desmayar en

sus ideales. Una tarde, cuando más desesperada era su situación, el paso por su rancho de fuerzas amigas en las que iba el doctor Martín Marrero le permitió un hartazgo fenomenal de viandas, y después se entregó al reposo, desoyendo los consejos que se le daban, de cambiar de campamento. Al día siguiente, cuando al beso de la aurora en el oriente se disipaban las tinieblas de la noche, palidecían las estrellas y despertaban los enfermos, abierto el corazón a la esperanza de un nuevo día, el hospital se vio de improviso rodeado por una guerrilla enemiga, y el doctor Ceulino, y todos sus compañeros fueron cruelmente macheteados.¹⁰

Pocos hombres dieron Las Villas del nivel moral, la cultura y cualidades tan extraordinarias para el mando como Honorato del Castillo. Había nacido en Sancti Spíritus y se formó al lado de don José de la Luz y Caballero, de cuyo colegio fue profesor; figuró como profesor de distintos colegios en Sancti Spíritus y estudiaba el último curso de Medicina en la Universidad de La Habana cuando se incorporó al Ejército Libertador. Cuatro meses después del grito de Yara se levantó en su pueblo natal, arrastrando con su influencia un grueso contingente de ciudadanos. Fue luego delegado a la Asamblea Constituyente de Guáimaro y diputado a la Cámara Legislativa; pero no aviniéndose este cargo con su temperamento, lo renunció para recibir el mando de las tropas espirituanas, al frente de las cuales conquistó renombre de valiente, y murió el 20 de julio de 1869, asesinado en las cercanías de Morón. Como tributo a las proezas del joven médico, durante las dos guerras de independencia, un regimiento cubano llevó siempre el nombre de Honorato del Castillo.¹⁰

El doctor Eduardo Agramonte y Piña, hombre de exquisita cultura y de grandes prestigios profesionales, fue otra figura notable en la contienda de Yara. Ocupó el cargo de Ministro del Interior, con notable acierto, y en las conferencias de Las Minas fue factor principal para destruir los planes pacifistas de Napoleón Arango. Abrazó la carrera militar con entusiasmo, llegando a escribir un libro muy valioso sobre táctica. En la acción de San José del Chorrillo, el 8 de mayo de 1872, fue herido, en la retirada, uno de sus oficiales, y entonces Agramonte volvió grupas con otro oficial, dispuesto a salvar al herido, trabando combate personal con los españoles y muriendo heroicamente. Y mientras Agramonte caía de este modo en el Chorrillo, no lejos de allí, en el batey de un bohío oculto en la montaña, jugaba inocentemente un niño de dos años, hijo del prócer, que andando el tiempo había de figurar notablemente en la medicina cubana, cooperando a librar a su patria de la fiebre amarilla.¹¹

Esteban Borrero, profesor, médico y poeta, es uno de los grandes intelectuales de la historia de Cuba; su pensamiento y acción constituyeron valiosas ofrendas en beneficio de la Patria.¹⁰

Esteban Borrero Echeverría, nació en Camagüey el 26 de junio de 1849, dieciséis décadas atrás. **(Anexo 4)**¹⁰

Una marcada impronta dejarían en esta personalidad camagüeyana la familia y el contexto histórico en que nació. Su padre, Esteban de Jesús, fue un poeta destacado y también un simpatizante de la libertad de su patria, razón por la cual las autoridades del colonialismo español lo acusan de separatista. Así, tuvo que emigrar y dejar en una situación incómoda a la familia.¹⁰

Ante el panorama sombrío, la madre de Esteban Borrero, nombrada Ana María, se dedica a la enseñanza para escapar de las penurias. En esta empresa, el hijo no deja sola a su mamá, y da sus primeros pasos en torno al magisterio.¹⁰

Con catorce años, Borrero Echeverría es ayudante en la Comandancia de Ingenieros de Puerto Príncipe. Por su buen desempeño, se hace acreedor de una beca para estudiar Ingeniería en Madrid. Sin embargo, su mal estado de salud, por el momento, le impide el acceso a una carrera universitaria. No obstante, funda una escuela nocturna para adultos a la que asisten personas blancas y negras. Ello constituye un elemento que permite comprender cómo tempranamente se vislumbra en Esteban Borrero su inclinación hacia la libertad humana.¹⁰

Con los fundamentos anteriormente señalados, Esteban Borrero Echeverría no tarda en incorporarse a la gesta independentista iniciada en 1868. En unión de su progenitora, quien le acompaña en la manigua redentora, crea dos escuelas para la superación de los insurrectos. En estos trajines, es secundado por discípulos suyos incorporados a la Guerra de los Diez Años.¹⁰

En la contienda que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868, Borrero paulatinamente se fue destacando. Sus heridas en combate avalaron su ascenso al grado de Comandante del Ejército Libertador.¹⁰

“Fui soldado de convicción patriótica” —manifestó por aquel entonces. Pero enfermó, cayó prisionero y lo confinaron a su ciudad natal. Las autoridades españolas prohíben que Borrero ejerza como maestro y deciden enviarlo a la Isla de Pino. Mas, Esteban logra quedarse en La Habana. Aquí comienza otra importante etapa de su vida.¹⁰

Su vocación por la medicina hace que se convierta en licenciado en esta rama del saber, así como en cirujano. Por sus méritos, obtiene una plaza de médico municipal en Puente Grande, donde pasó a residir con su esposa Consuelo Piedra Agüero.¹⁰

Entretanto, al concluir la Guerra Grande en 1878, se devela como poeta, herencia de su padre.¹⁰

Debe subrayarse que, a pesar de su buena reputación como galeno, Borrero quiere más la libertad de su patria. Así, aunque no se pudo incorporar físicamente a la guerra preparada por José Martí, parte a la Florida como exiliado y desde allí continúa aportando a la independencia de Cuba.¹⁰

En el destierro, su familia contribuye a la causa independentista cosiendo ropa para los mambises y recopilando fondos para la Revolución del `95, al tiempo que Esteban Borrego revalidó su título de médico, ejerció como maestro y tributó a la causa de la libertad de Cuba.¹⁰

Sin embargo, la desgracia rondaba a Borrero y los suyos: a la pérdida de sus hermanos Manuel y Elena, antes del levantamiento del 24 de Febrero, se sumó el fallecimiento de su hija menor nombrada Juana. Es cuando el dolor llega a abrumarlo.¹⁰

Su poesía "De lo más íntimo", da fe de sus convicciones. En ella consta este verso: "Y hasta el fin seguiré/ no se vuelve al deber la espalda/ Cuando ya se ha empeñado la lucha/ hasta el fin se aguarda".¹⁰

Esteban Borrero Echeverría es nombrado delegado extraordinario de la República de Cuba en Armas en Costa Rica y El Salvador, y ministro del Gobierno Revolucionario en Centroamérica. Simultáneamente, es catedrático en San José de Costa Rica.¹⁰

Después de finalizada la guerra, en 1899 ve la luz su libro "Lecturas de Pascuas" y luego publica otros trabajos de marcada valía ética. Con la emergencia de la Neocolonia, divulga "El ciervo encantado", en el que se asoma a Cuba amenazada por el imperialismo yanqui.¹⁰

Además, junto a Enrique José Varona, Esteban Borrero se enfrasca en el mejoramiento de la enseñanza pública. A la sazón, logra su libro "El amigo de los niños", que durante mucho tiempo fue texto de lectura de la Enseñanza Primaria. Allí, escribió: "Es necesario educar instruyendo. En otras palabras, es necesario despertar, fomentar y dirigir por modo simultáneo las capacidades intelectuales, y las que arrancan de la sensibilidad moral".¹⁰

Esteban Borrero Echeverría alcanzó la condición de profesor en la Escuela de Pedagogía de la Universidad de La Habana, destacándose como docente de nivel superior.¹⁰

Pero ya en el ocaso de su vida, dos años antes de su setenta cumpleaños, decidió privarse de la vida. ¹⁰

Sin embargo, por derecho propio, por ser un sobresaliente patriota y educador, médico y poeta, Esteban Borrero Echeverría se encuentra en la lista de los mejores hijos de Cuba. ¹⁰

Los miembros de la Sanidad Militar del Ejército Libertador, fueron paladines esforzados en el arte de curar y en el arte de la guerra. Ya en la campaña del 68 los médicos escribieron las más hermosas páginas en el martirologio de nuestros héroes, y, andando el tiempo, la clarividencia de Martí le permitió darse cuenta de que eran los médicos los más sagaces conspiradores, por la facilidad que tenían de penetrar en todos los hogares, tocando el tema de la tempestad próxima a desencadenarse, y por el prestigio y la confianza de que gozaban entre sus compatriotas.

Y no lo hicieron quedar mal, catorce de ellos encontraron la muerte en las filas del Ejército Libertador en la guerra que el propiciara; once alcanzaron los grados de general; ocho fueron constituyentes en Jimaguayú y La Yaya; cinco integraron el Consejo de Gobierno de la República en Armas y catorce ocuparon cargos de miembros de la Asamblea de Representantes del Ejército Libertador, por solo citar los mas sobresalientes.

En consecuencia, Martí confió sus planes y utilizó como sus mejores agentes en Cuba a los doctores Joaquín Castillo Duany, Pedro Betancourt, Martín Marrero y otros. ¹

Al estallar la mina que había de producir la conflagración general, los médicos acudieron puntuales a la cita, y reforzados por farmacéuticos, dentistas y estudiantes, constituyeron bien pronto el Cuerpo de Sanidad Militar. El viejo coronel Federico Incháustegui, reliquia de la guerra de los diez años, fue su primer jefe, pero gravemente enfermo, pronto sucumbió. Cuéntase que, conocedor de su próximo fin, pidió que se le enterrara sin ceremonias y que una compañía cubana marchara en busca del enemigo y disparara sobre los cuadros españoles las tres descargas de ordenanza que debían hacerse sobre su tumba. Su última voluntad se cumplió estrictamente. Lo substituyó en la dirección Suprema del Cuerpo de Sanidad Militar el brigadier Joaquín Castillo Duany, de arrogante figura y noble corazón, hasta que designado auxiliar de Estrada Palma, en la Delegación del Partido Revolucionario Cubano, en Nueva York, Eugenio Sánchez Agramonte fue nombrado jefe del Cuerpo. El fue nuestro Jefe de Sanidad durante casi toda la guerra del 95, como el inmaculado Félix Figueredo lo fue en la del 68. ⁵

Al reiniciarse la lucha por la Independencia de la Patria en 1895, inspirada por el Héroe Nacional José Martí y muchos de los más destacados cirujanos cubanos se incorporaron a esa lucha, al igual que había ocurrido en 1868, entre ellos Francisco Domínguez Roldán (1864-1942), Enrique Núñez Palomino (1872-1916), **Joaquín** Castillo Duany (1858-1902) y Federico Incháustegui Cabrera (1838-1895), los que realizaron las más complejas operaciones en las condiciones más difíciles.⁵

Duque, Matías. Médico y patriota. Nace en San Antonio de los Baños el 22 de agosto de 1869. Se gradúa de médico en 1891. Se lanza a la guerra en diciembre de 1895 desde su finca "Dos Hermanos" llegando a ser Jefe de Sanidad Militar de la primera División del Cuarto Cuerpo y coronel al llegar la paz. Entre sus trabajos de carácter científico se destacan sus investigaciones para la cura de la lepra: "Cómo deben ser las leproserías", "Historia de la lepra en Cuba".¹⁰

No siempre fueron los médicos militares los sublimes sacerdotes del dolor en aquella epopeya sin igual. En muchas ocasiones abandonaron el ejercicio profesional para asumir el mando directo de las tropas y la dura responsabilidad de la campaña, llegando a ocupar los más altos cargos en las circunstancias más difíciles; y de cómo supieron pelear y sucumbir en el puesto de honor dan una idea los hechos que voy a referir.

El teniente coronel Francisco Hernández, director del hospital de Las Llamadas, en Sancti Spíritus, fue asaltado por un grupo de forajidos el 12 de julio de 1897, y después de torturarlo, lo mataron cobardemente a machetazos. Alfredo Virgilio Ledón cayó herido en una emboscada en El Jucaral, y fue rematado por negarse a delatar a sus amigos, y también otro médico, el teniente coronel Soler, sufrió el mismo suplicio, cuando su hospital fue asaltado por el enemigo implacable. El doctor Francisco Jiménez Rojas, hecho prisionero a bordo del balandro Jefferson Davis, bajo la bandera norteamericana, fue llevado a Caibarién y asesinado a bayonetazos, con su compañero Falero, en la vía pública, en pleno día y ante público numeroso.⁵

Otro ejemplo de patriotismo y de valor lo encontramos en el doctor Oscar Primelles. El 9 de diciembre de 1895, el general Mayía Rodríguez se movía sobre la línea de Nuevitas a Camagüey con la orden de hacerse sentir y atraer sobre él la atención de los españoles, a fin de facilitar el avance de Maceo que acababa de pasar la Trocha de Morón. Como no había municiones con que pelear, porque los últimos cartuchos habían sido entregados a los invasores de Las Villas, se dio la orden de cargar al arma blanca tan pronto el enemigo fuera divisado. Chocaron los contrincantes en los potreros de El Congreso, y el toque de degüello resonó vibrante en el espacio. Como las fuerzas de vanguardia tuvieron un momento de indecisión, el teniente coronel Oscar Primelles, que mandaba el centro y la retaguardia, clava las espuelas a su brioso corcel, se abre paso, seguido de sus hombres, y cae impetuoso sobre los españoles que, apercebidos y organizados, lo reciben rodilla en tierra, a descarga cerrada; pero nada arredra a los asaltantes, y Primelles —el primero— abre brecha en el cuadro español, y mientras derriba a derecha e izquierda, a tajos de machete, uno de los soldados que resistían, vendiendo cara su vida, le atravesó el pecho de un golpe de bayoneta, y el bravo

guerrero se desplomó sin vida. Cayó como quizás lo había soñado irrompiendo con el pecho de su caballo los cuadros realistas y derribando a golpes de su acero a los soldados de la tiranía! Y hecho digno de recordarse : cuando el toque de alto el fuego! impidió el exterminio del enemigo, se recogieron sobre el campo de batalla gran número de muertos y veinticuatro prisioneros, y no obstante haber perecido en la contienda el jefe querido, los prisioneros fueron solícitamente curados y puestos en libertad junto al fuerte enemigo.⁵

El general Pedro Betancourt es otro buen exponente de la eficiencia de aquellos médicos como hombres de acción. Había conspirado antes de la guerra y fue luego infatigable luchador. Es mi deliberado propósito restar elogios a los supervivientes de aquella contienda ; pero no puedo menos de recordar, que el general Betancourt fue jefe supremo de la revolución en la provincia de Matanzas, la menos montuosa y más cruzada de ferrocarriles y cubierta de pueblos fortificados, donde operó siempre un enemigo activo envalentonado por la enorme superioridad de sus recursos, al extremo de que si combatir en otras provincias era labor de héroes, hacerlo en Matanzas parecía empresa de semidioses.⁵

Los dentistas estuvieron representados en la guerra por un valioso contingente, pero como las circunstancias no eran propicias al ejercicio de su profesión, la mayor parte de ellos actuaron como oficiales de sanidad en el tratamiento de heridos y enfermos, o bien se decidieron por el mando directo de tropas de combate, y para demostrar cómo supieron distinguirse, basta con citar dos nombres: Emilio Núñez Y Carlos García Vélez. Tuvo el primero una actuación tan intensa en la Guerra de los Diez Años y en la llamada Guerra Chiquita, fue tan brillante su papel como conductor de expediciones en la del 95, que para destacarlo no bastarían las páginas de un libro. El otro, García Vélez, heredó de su padre el valor y la tenacidad y se cubrió de gloria en la toma de Victoria de las Tunas.⁵

Recordaremos también a tres que supieron caer bravamente: Ángel del Castillo, el de las hazañas legendarias; Carlos Aguirre y Valdés, caído en el combate de Santa Bárbara, y Marino Alberich y Navarro, capitán abanderado de Calixto García, ahogado en el naufragio de la expedición del Hawkins.⁵

Y cuando el hambre y las vicisitudes de la penosísima campaña abatían aquellos organismos poco habituados a las privaciones y los hacían fácil pasto de las enfermedades, icon qué resignación sucumbían en medio de la mayor miseria, sin tener a veces a su lado un amigo que recogiera sus últimas palabras! Cercano al pueblo español, abundantes los recursos, a dos pasos de sus familiares, y tal vez su salvación, preferían las torturas de una lánguida agonía en Cuba Libre a mendigar el perdón del enemigo. Así murieron el constituyente Antonio Lorda, José Jenaro Díaz, José Figueroa, Domingo Sterling, Manuel Pino, Rafael Argilagos, y tantos otros en la contienda del 68. Así cayeron Federico Incháustegui, José Carlos Quián, Antonio del Cristo, Joaquín Canela, Leopoldo Tió, Eladio Salazar, Rodolfo Prieto y Esteban Sierra en la guerra del 95; y mientras conmemoramos aquí aquellos hechos gloriosos, en algún hogar desventurado de esta ciudad se recordará con lágrimas en los ojos la muerte del comandante Rafael Cowley, que pereció de inanición en las abruptas montañas de Pinar del Río.

La Facultad de Medicina rindió una fuerte contribución de sangre a la causa de la Independencia, desde los ocho estudiantes inmolados por la furia de los voluntarios de La Habana, hasta aquella legión de jóvenes que supieron ocupar su puesto de honor, vaciando la Universidad sobre la manigua, para morir unos frente al enemigo, como Federico de la Torre, Miguel Bacallao, Marcos Aguirre, Antonio Puyol y el heroico Carlos Herrera, y otros aniquilados por las enfermedades, como Panchito Fabr , Vidaurreta y los hermanos Mesa.⁵

No podría yo esta noche escatimar un recuerdo a la mujer cubana que, en aquella lucha titánica en que un puñado de patriotas hambrientos y desarmados desafiaban el poder de una de las naciones más guerreras del orbe, supo ocupar su puesto de honor lanzando —como nuevas espartanas— sus hijos, sus padres y sus hermanos a la vorágine de la tormenta, de donde los más no habrían de volver, y actuando en los campos de Cuba Libre como las mejores auxiliares de los médicos. Para rendir en poca palabras el homenaje que a todas debemos, quiero sólo recordar a Rosa la Bayamesa, negra analfabeta, de corazón magnánimo, que en el hospital del Chorrillo actuaba de directora, y además de sus múltiples atenciones con los enfermos, montaba a caballo, arma al brazo, y exploraba la situación del enemigo para evitar el asalto del rancho ; a doña Concha de la Peña, la matrona de bondad sin límites, y sus hijas Fara, Flora y Conchita,  ngeles venerados de los heridos y enfermos en los hospitales de México y de Vialla; a la capitana Adela Azcuy, mujer inteligente y de bastante cultura que gustaba de batirse a tiros con el enemigo, y en la vida del campamento demostró cualidades excepcionales como enfermera, y a la doctora Mercedes Sirv n, directora del hospital de Palmarito de Tunas.

Y jamás podrá olvidarse a Isabel Rubio, la heroica vueltabajera que santific  con su sangre y con su vida las doctrinas revolucionarias que había predicado.

El poblado de Paso Real de Guane, en Pinar del Río, fue la cuna de Isabel Rubio Díaz, el 8 de julio de 1837. Esta niña era la hija del médico del pueblo, Enrique Rubio, y su esposa Prudencia Díaz.¹²

La familia era una de las más prestigiosas de la zona. A pesar de que la madre murió cuando la niña tenía sólo seis años, el padre se encargó de la educación de toda su prole, a la que inculcó el amor como ley y también la disposición de luchar por la independencia de Cuba.¹²

Según la tradición de la época que le tocó vivir, Isabel se casó con sólo 16 años y de esa unión con Joaquín Gómez nacieron cuatro hijos. En 1868, al estallar la Guerra de los Diez Años, Enrique, uno de los hermanos de la muchacha que era médico como el padre, empezó a conspirar contra el gobierno español en el lugar conocido por Mantua, en el extremo occidental de la Isla. All  encabezó una partida de insurrectos, que fracas  al no presentarse la mayoría de los comprometidos.¹²

Años más tarde, una de las hijas de Isabel se casó con el coronel mambí Enrique Canals y se fueron a vivir a Key West, donde la valiente pinareña los visitó. Por medio de Canals la familia contactó con destacados revolucionarios, entre ellos José Martí, con quien Isabel hizo el compromiso de dar todo su apoyo a la causa de Cuba.¹²

Al regreso a la tierra natal, mientras avanzaban los preparativos de la guerra necesaria, la casa de la familia Gómez Rubio se volvió un centro insurreccional. Con su palabra fácil, la patriota logró que muchos cosecheros de tabaco de la zona tomaran conciencia de su participación en la contienda liberadora.¹²

El 24 de febrero de 1895, cuando se produjo el alzamiento revolucionario de Yara, las autoridades apresaron a Modesto, el único hijo varón de Isabel, y a Antonio Ríos, un amigo de él. Ambos fueron liberados al no poderse comprobar su participación en el movimiento, pero al regresar ambos jóvenes, Isabel los llevó aparte y con tono firme, pero cariñoso, les dijo: "¡Muéranse antes que volver a dejarse apresar!".¹²

Los hombres de la familia se fueron a la manigua redentora y ella los acompañó, a pesar de la oposición de todos debido a su edad y diversas dolencias.¹²

Cuando en enero de 1896 el Mayor General Antonio Maceo estuvo en Paso Real de Guane, visitó la casa de Isabel Rubio y le impuso el grado de capitana de Sanidad, por su gran prestigio y destacada actividad revolucionaria.¹²

Después de ser incendiado el pueblo, la mambisa fundó un hospital militar ambulante en Catalina de Guane, al mes siguiente. Durante dos años la combatiente atravesó casi toda la provincia pinareña, luchando contra los peligros de la guerra y la naturaleza y participando de la Campaña Invasora, siendo inútiles todas las objeciones que se le hicieron sobre las penalidades de la vida en la manigua para una mujer de su edad y los riesgos constantes de la guerra.¹²

Principió entonces su peregrinación por las montañas, acompañada de varias mujeres, atendiendo a los heridos de las jornadas memorables del gran caudillo oriental, luchando tenazmente con la escasez de alimentos y medicinas, teniendo que trasladar frecuentemente su hospital de un refugio a otro para evitar la irrupción de los guerrilleros que la buscaban con ahínco.

El 12 de febrero de 1898, el ejército español descubrió el hospital de campaña, que entonces se había trasladado a la zona de El Seborucal, y a pesar de que Isabel se presentó sin armas, mientras pedía que no tiraran porque en el lugar sólo había

niños y enfermos, la respuesta fue una descarga de fusilería que le destrozó una pierna.¹²

Hecha prisionera y obligada a realizar una gran caminata hasta San Diego de los Baños, fue enviada a un hospital en Pinar del Río, donde murió por una fulminante gangrena. Así sucumbió aquella ilustre dama, después de haber dado a la patria hijos, riqueza, inagotable caridad y su última gota de sangre.

General mambí Daniel Gispert, médico ejemplar

Médicos hubo muchos dentro de las filas del Ejército Libertador. Sin embargo, fueron pocos quienes desde su profesión alcanzaron el grado de general. Entre estos estuvo Daniel Gispert García, fallecido el 25 de junio de 1964.

Gispert había nacido en La Habana el 21 de abril de 1871, pero su alzamiento aconteció en la parte central de la Isla, específicamente en la finca Guajén, en Vueltas, antigua provincia de Las Villas, en el propio año de 1895, seis meses después de haberse iniciado el nuevo conflicto armado.⁵

Con los grados de teniente combatió este no bajo las órdenes del coronel Rafael Casallas, y en acción escenificada en el ingenio San José tuvo su bautismo de fuego. A partir de ese momento Gispert participaría en diversas acciones y cumpliría múltiples responsabilidades y cargos ora como combatiente, ora como médico.⁵

Entre las acciones iniciales estuvieron los combates de San Felipe y Los Hondones, a la vez que resultó de importante auxilio al producirse la llegada de la expedición Sánchez-Roloff, desembarcada por la zona de Tayabacoa, limítrofe entre los territorios de Trinidad y Sancti Spíritus. Su incorporación oficial fue al Cuarto Cuerpo de Ejército, que abarcaba la antigua provincia de Las Villas, en el cual llegó a ocupar el cargo de Jefe de Sanidad Militar, importante aspecto dentro de la vida de los mambises, teniendo en cuenta sus carencias y la necesidad de improvisar para garantizar la atención médica.

Quizás impulsado por su espíritu joven se sumó, como combatiente, a las filas del Ejército Libertador durante la campaña de la invasión, de Oriente a Occidente magistralmente dirigida por los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. Es por eso que le vemos combatiendo en acciones de gran envergadura como los combates de Iguará, Mal Tiempo, Coliseo y Calimete, consideradas entre las más importantes de la campaña invasora.⁵

Posteriormente Gispert regresó a territorio villareño con Serafín Sánchez, y bajo sus órdenes se desempeñó como médico de la Inspección General del Ejército. Allí fue ascendido al grado de Comandante.⁵

Ya en 1897, y teniendo en cuenta sus conocimientos y experiencia, fue asignado al Consejo de Gobierno de Bartolomé Masó como médico, cargo con el cual concluyó la guerra.⁵

En 1898 fue ascendido a General de Brigada del Ejército Libertador. Instaurada ya la República de 1902, Gispert desempeñó múltiples responsabilidades, tanto en la capital como en Pinar del Río.

En esta última provincia fue subdelegado de sanidad en San Cristóbal y delegado de Sanidad en Candelaria, así como consejero provincial.⁵

En La Habana fue Inspector Especial de Sanidad, jefe de despacho de la Inspección General de Sanidad y Beneficencia, director de la Sala de Veteranos del Hospital Calixto García, director del Asilo de Ancianos de Guanabacoa y Presidente de la Junta Superior de Sanidad, entre otros tantos trabajos.⁵

Pocos generales del Ejército Libertador tuvieron la oportunidad de ver a Cuba libre de la atadura colonial española. Daniel Gispert tuvo el privilegio de pasar por las grandes etapas políticas de: de colonia a neocolonia y de neocolonia a revolución.

Con su fallecimiento el ya citado 25 de junio de 1964, desaparecía uno de los más importante médicos del Ejército Libertador y un combatiente al servicio de la patria.

Los dos últimos jefes de la Sanidad Militar del Ejército Libertador de Cuba durante la guerra, fueron los médicos y generales de brigada Eugenio Sánchez Agramonte (1865-1937) y Eugenio Molinet Amorós (1865-1959).

El doctor Sánchez Agramonte provenía de una de las familias que más notables patriotas dio a la historia de nuestro país, su padre fue el mayor general de la Guerra de los Diez Años Francisco Sánchez Betancourt (1827-1894), su hermano Armando Sánchez Agramonte (1857-1938) fue general de brigada de la guerra de 1895-1898 y entre sus familiares más cercanos se cuentan los generales de una u otra guerra: Ignacio Agramonte Loynaz (1841-1873), Manuel Boza Agramonte (¿-1871), Manuel Agramonte Porro (¿-?), Eduardo Agramonte Piña (1849-1872), Bernabé de Varona Borrero "Bembeta" (1845-1873), Serapio Arteaga Quesada (1841-1888), Miguel Betancourt Guerra (¿-?) y Bernabé Boza Sánchez (1858-1908).⁵

El doctor Sánchez Agramonte nació en Puerto Príncipe (Camagüey) el 17 de abril de 1865. Realizó los ejercicios para el grado de Licenciado en Medicina en la Universidad de La Habana, el 22 de enero de 1892. Se alzó en armas el 6 de junio de 1895 y fue nombrado Jefe de Sanidad del Ejército Libertador el 4 de diciembre del propio año.⁵

El doctor Molinet Amorós nació en Guáimaro, Camagüey, el 29 de marzo de 1865. Llevó a cabo todos sus estudios superiores, con brillantez, en la Universidad de La Habana, donde se le expidieron los títulos de Licenciado en Medicina el 8 de octubre de 1887, de Doctor en Medicina el 9 de octubre de 1899 y dos días después el de Licenciado en Farmacia. Se unió en Camagüey al doctor Sánchez Agramonte y partió a la guerra el 14 de junio de 1895.⁵

A finales de 1897 al salir al extranjero el doctor Sánchez Agramonte en misión especial, lo sustituyó el doctor Molinet Amorós en la Jefatura de la Sanidad Militar, quien a propuesta del Consejo de Gobierno de la República en Armas aceptó el cargo el 11 de enero de 1898. Al saber el doctor Molinet que el doctor Sánchez Agramonte había regresado de su misión, renunció al cargo el 6 de marzo del propio año.⁵

Terminada la guerra oficialmente el 24 de agosto de 1898 y electo el doctor Sánchez Agramonte como representante por el Tercer Cuerpo de Ejército a la Asamblea de Representantes del Ejército Libertador, el 23 de octubre de 1898 el Consejo de Gobierno aprobaba el traspaso de mando nuevamente a favor del doctor Molinet, quien finalmente lo renunció el 8 de marzo de 1899 y lo entregó por disposición de la Comisión Ejecutiva, al general de brigada y médico Daniel Gispert García (1871-1962), el cual ocupó el cargo hasta poco tiempo después, en que fue licenciado el Ejército Libertador.⁵

RECOMENDACIONES

1. Implementar las necesidades del estudio a profundidad del papel jugado por los médicos cubanos en nuestras luchas por la independencia en cada etapa del proceso revolucionario cubano.
2. Establecer el vínculo real de los estudiantes con las figuras médicas de la historia de la comunidad de modo que estimule, además, la investigación local.
3. Dotar de las herramientas necesarias a los estudiantes, así como proponer encuentros, para que sean dinámicos en la preparación de talleres de discusión de las investigaciones realizadas.

CONCLUSIONES

Con este breve ensayo se ha querido, a la vez que recordar, honrar la memoria de los médicos, dentistas, farmacéuticos, estudiantes, enfermeras y otros profesionales de la salud que dieron su vida a la causa de la libertad en el transcurso de esa contienda iniciadora de una prolongada lucha que se extendió por espacio de casi un siglo. Por otra parte, se ha tratado de agregar valor a esta obra uniendo en su solo cuerpo los datos de estos héroes, por desgracia poco conocidos

y dispersos en diversas modalidades documentarias producidas en diferentes épocas; elaborando un material de consulta, útil no solo para los estudiantes de Medicina, sino también para estudiantes de Estomatología, Enfermería, Psicología y Tecnologías de la Salud, así como para el personal docente; aún más teniendo en cuenta que la Historia de Cuba es una asignatura priorizada para todas las enseñanzas. De ahí la esperanza de que su contenido pueda ser de alguna utilidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Quesada Miranda, Gonzalo. Anecdótico Martiano Santiago de Cuba: Editorial Oriente; 2004. p. 7-32.
2. Saluvet JB. Los deportados a Fernando Poo. 2 ed. Habana: Imp. de Jorge Lauderman; 1930. p. 10-19.
3. Aróstegui G. Médicos en la guerra. Orto 1956; 43(11-12):7-19.
Fernández Conde A. Los médicos y la Revolución. Rev Soc Cub Hist Med 1959; 2(2):32-48.
4. Portuondo F. En torno al 10 de octubre de 1868. Univ Habana 1965; (174):103-124.
5. Delgado García, G. Doctor Nicolás J. Gutiérrez. Precursor y fundador científico en Cuba. En: Delgado García, G. Temas y personalidades de la historia médica cubana. La Habana: Ed. Cien. Méd; 1987, p. 177-208.
6. Guerra Sánchez R. Médicos en la vida de Maceo. T1. La Habana: Cultural; 1950. p. 232-276.
7. Cepedia, Rafael. Eusebio Hdez Ciencia y Patria. Cuad Hist Hab 1938;(14):289-296.
8. Médicos en la Guerra del 68: Antonio Luaces Iraola. Arte y Medicina 1952;1(5):18-22.
9. Médicos en la Guerra del 68: Sebastián Amabile Correa. Arte y Medicina 1952; 1(6):41-3.
10. Rodríguez Expósito, C. Índice de médicos, dentistas, farmacéuticos y estudiantes en la Guerra de los 10 años. La Habana: MINSAP; 1968, p.426.

11. Médicos en la Guerra del 68: Dr. Eduardo Agramonte y Piña. *Arte y Medicina* 1953;1(10):24-5.

12. Hernández A. Isabel Rubio. *Cuad Hist Hab* 1943;(24):33-41.

ANEXOS



ANEXO 1. General Doctor Félix Figueredo Díaz (1829-1892).



ANEXO 2. El Lugarteniente General Antonio Maceo (de pie al centro) con los doctores José Álvarez Chacón (sentado a la izquierda) y Eusebio Hernández Pérez (sentado al centro). Kingston, Jamaica, 1886.



ANEXO 3. Antonio L. Luaces e Iraola (1842-1875).



ANEXO 4. Dr. Esteban Borrero Echeverría

Recibido: 15 de Septiembre de 2009.

Aprobado: 5 de Diciembre de 2009.